

jos. Pregúntelo usted á cualquier estudiante de esos que, contra mi consejo, usted quiere que sean discípulos de las señoritas *abogadas*.

No se puede hablar de estas cosas á ojo, ni á oído; á usted eso de *alieni juris* le sonó á vida sacrificada á fines ajenos, y á tutela ó cosa así, y no es eso. Como *inhibirse* no era lo que usted creía, porque *inhibirse* es abstenerse de juzgar por no creerse competente, y usted creía que era meterse uno donde no le llaman, y casi casi lo mismo que *exhibirse*.

El hombre libre podía ser *alieni juris*, y el *sui juris* podía estar bajo tutela; un impúbero podía ser *sui juris* y un hombre libre, ciudadano, cargado de hijos, con canas, podía ser *alieni juris*; es más, para que vea la señora Pardo que esa idea de tutela perpetua en que suponen á la mujer ciertas teorías no puede expresarse por la frase *alieni juris*, le diré que el *pupilo* necesitaba ser *sui juris*; sobre el *alieni juris* no hay tutela posible. Yo no tengo la culpa de verme obligado á hablar de estas cosas. Tiene la culpa doña Emilia. Á esto dirá ella que si en su juventud la hubieran mandado á la Universidad, sabría lo que era senado-consulta y lo que quería decir *alieni juris*. Es verdad; pero replico que entonces también sabría lo que eran *spadones*.

Y más vale que no lo sepa.



## BA YONETA

Atreverse, dice un crítico, poco más ó menos (veo la anfibología), atreverse á presentar al final de la obra la rendición de la plaza, y hacer que las tropas españolas pasen desarmadas por delante del ejército enemigo y le rindan sus banderas, es caminar á un *fasco* seguro.

Y firma «Bayoneta.»

Con media firma; porque la firma entera debe de ser:

Bayoneta calada.

Yo no le niego al Sr. Bayoneta su fuero militar para ponerse á juzgar dramas, y me explico que tratándose de uno que se llama *Gerona*, y en el que hay un sitio, la crítica se declare en estado de ídem, de sitio, y las autoridades civiles,



como mis amigos Bofill, Urrecha, Arimón, etcétera, etc., deleguen en la militar, y salga Bayoneta con la orden de la plaza y publique la ley marcial dramática.

Ya lo oyen ustedes.

Primero un redoble de tambor, ó en su ausencia, lo que corresponda de cornetas.

Y enseguida el bando crítico-militar.

No lo dijeron Aristóteles, ni Boileau, ni Pope; pero lo dice Bayoneta: cuando hay un ejército sitiado y otro sitiador, es de ley, si la obra no ha de fracasar, que el dramaturgo se ponga de parte de los sitiados y les dé la victoria.

Más, como cabe comentar á Aristóteles y declarar, v. gr., que las famosas reglas de las unidades él no las entendía como pretenden los pseudoclásicos, así cabrá declarar, digo yo, que el Sr. Bayoneta no quiere decir que siempre venzan los sitiados, sino que venzan siempre y cuando el autor del drama sea de la misma nacionalidad que ellos.

Y así como dijo el Derecho de Roma «*duarum civitatum civis esse nemo potest, eodem tempore*,» así dirá Bayoneta que no se puede ser buen patriota español, y en el teatro, francés, ó por lo menos afrancesado. Porque, ¿quién duda que entregar las banderas al ejército invasor es pasarse al enemigo?

Á buen seguro, dirá Bayoneta para su vaina, que si á Sardou se le ocurriera escribir un drama acerca, v. gr., del famoso cerco de Alesia, en que se jugó la suerte de las Galias, se guardaría bien, por respeto á la memoria de sus antepasados los bárbaros, de pintar las cosas como fueron y dar el triunfo á Julio César: se lo daría á los galos, conjurados contra el romano, y después el que viniera detrás que arrease, y que la historia se las compusiera como pudiese.

No, y mil veces no; en la crítica literaria, á lo menos en estado de sitio, el enemigo nunca vence, y si á Zola se le ocurre convertir en drama su *Débâcle*, ya verán ustedes como los prusianos no entran en París.

Pero admitido todo esto, y admitido que en estado de guerra las bayonetas siempre tienen razón, y que no se podrá decir que Bayoneta es un crítico que ni pincha ni corta, voy yo á permitirme algunas advertencias que ya no tienen nada que ver con la retórica y poética.

La disciplina militar, el espíritu de cuerpo, los laureles de Bailén y de Pavía, etc., etc., ¿exigen que los periódicos militares tengan sección encargada de juzgar á los vivos y á los muertos en materia literaria?

¿No se puede prescindir en un papel encargado de defender los intereses de las armas generales ó



especiales, ó todas juntas, de tener un Larra, un Balart, un Sarcey con galones?

«¡Ah, señores! diría un orador, ¿es que se quiere llevar la guardia pretoriana al templo de Talía?»

Yo conozco periódicos consagrados á ciertas especialidades, como v. gr., á la defensa de los telegrafistas, á la propaganda del velocípedo, y hasta los hay que cultivan de un modo particular la afición á las riñas de gallos: pues en tales periódicos, yo no he visto Aristarcos literarios, ni críticos de teatros que firmen «Bobina» ó «Bicicleta» ó «Quiquiriquí.»

«¡Es que el ejército está por encima de todo eso!» Ya lo sé; pero aunque el ejército sea una especialidad mucho más importante que las citadas, es tan ajeno como cualquiera de ellas á la crítica dramática.

Claro que en el teatro puede haber asuntos militares; pero también hay telegramas, y puede haber velocipedistas y aves de corral.

Censurar un drama (que puede tener otros defectos) porque en él se rindan los españoles y no los franceses, es un celo de patriotismo que de paso es un grandísimo dislate; heroico, pero dislate.

Mas, siendo quien tal dice un crítico que firma Bayoneta y escribe en un periódico militar... ya

no sabe uno si se ofenderán la infantería y hasta la caballería, menos quisquillosa, y si considerarán crimen de lesa patriotismo oponerse á las reglas de ese Aristóteles que se puede mangar (1) en un fusil.—Dios nos libre de los críticos si el diablo los carga.

Yo opino, mientras haya ejércitos permanentes, que en la crítica no deben imponérsenos las armas generales.

Ahora, el día que todos seamos soldados, pero sedentarios, y haya milicias locales, provinciales, etc., etc., ya será otra cosa.

Porque entonces, á cualquier crítico, aunque sea segundo cabo, me atreveré yo á decirle:

—Señor soldado, en un drama, quien ha de vencer siempre no son los de dentro ni los de fuera, sino el arte, que es el Alejandro y el César y el Napoleón de estas cosas.

(1) La Academia no admite el verbo mangar, pero siempre ha tenido por castellano aquello de «la carabina de Ambrosio mangada en un palo.»





«The dangerous life.»

---

Del libro que con el título de *The dangerous life: Spanish customs* acaba de publicar el ilustre viajero inglés Mr. Bullfighter, traduzco lo siguiente:

«Los españoles suelen tomar á mal que se les considere como un país singular, sin parecido en Europa. Reniegan de una originalidad que todo artista les envidia, y los burgueses de la famosa Península occidental protestan contra las narraciones tan fieles á la verdad como á la justicia, y casi siempre bien intencionadas, de los viajeros ingleses y franceses que van á España en busca de emociones fuertes, y que, efectivamente, las encuentran.

Se empeñan esas pobres gentes—los españoles



menos españoles—en que su país sea tan vulgar como cualquier otro; y se irritan porque, á Dios gracias, la Naturaleza no lo ha querido así, y por que los extranjeros advierten que España es *á su manera*, y como es, la admiran y la describen.

De mí puedo decir que he hecho tres viajes á España, y en los tres he encontrado siempre lo que buscaba; lo característico de la patria de Mazzantini, el torero abogado, político, candidato, tal vez mañana ministro: he encontrado siempre un toro; miento, la última vez, hace pocos días, encontré siete toros. Hace algunos años entraba yo en la Península, ganoso de impresiones clásicas, de algo que me recordara, por ejemplo, ó las famosas quintillas de uno de los Moratines á la fiesta de toros en Madrid, ó la descripción primorosa en que un gran dramaturgo, Rojas, si no recuerdo mal, nos pinta la hazaña de un *galán* que, á orillas del Manzanares ó del Tajo, salva á una ninfa princesa que se baña en el *crystalino elemento*, de los furores de un toro de Jarama que por la vega corre furioso, fugitivo de la dehesa.

Ello fue, que al entrar en la capital de Álava vi venir frente á mi un tropel de gente despavorida á quien perseguía un Veragua; no un descendiente de Colón, sino un toro de un descendiente; una fiera gallarda, temible, noble, tan hermosa como ciega en su furor. Y... corrí como todos,

tomé el tren y no paré hasta Burdeos...; pero no importa: la emoción había sido exquisita. España me había recibido como yo deseaba. Después visité á Italia, vi templos, estatuas, palacios, ruinas, cuadros célebres; ¡todo inútil! el toro huído de Vitoria, amenazándome con los cuernos poderosos, seguía siendo la obsesión de mi espíritu; todas las impresiones rebuscadas, anodinas, artificiales que el arte italiano me procuraba, me parecían puro convencionalismo, soso y ridículo *snobismo*, comparadas con la impresión *d' après nature*, que debía á las astas del toro español.

Á los pocos meses, no pudiendo resistir á la tentación, á la potente voz de la pasión que me llamaba al peligro, hice testamento y volví á España; pero cuál fue mi desencanto al ver que no me sucedía nada de particular, á pesar de haberme internado en el riñón de Castilla y haber empezado á rodar el tren por tierra de Andalucía. Afortunadamente, la agradable y violenta sorpresa me aguardaba en Bobadilla. En efecto, á la voz de «Viajeros para la línea de Granada, cambio de tren,» nos apeamos multitud de extranjeros y de españoles, y cuando en el andén nos ocupábamos en recoger los bártulos para trasladarlos al tren de Granada... ¡Sálvese el que pueda! como dice el Gobierno de España para ahorrarse la policía. Sálvese el que pueda. Un Miura, como quien dice un



toro de la raza de Peleo ó de Ragú, un Aquiles ó un Rama, con dos cuernos enormes por toda cimera, arremete con viajeros y empleados, sin distinguir de nacionalidades, y sin pensar en que los ingleses tenemos un *Habeas corpus* y un Gobierno que vela por nosotros en todas las partes del mundo.

El toro, el Miura, echó por tierra á cuantos quiso, y yo no paré de correr hasta Campanillas, que es una estación que está ya junto á Málaga.

El susto fue terrible; pero como así lo quería yo, bendije la hora de mi viaje segundo á España; y cuando en Málaga tomé pasaje para Marruecos, me despedí con un suspiro, el del moro, seguro de que en los dominios del sultán no me vería en la *cuna* de nadie como me había visto en Bobadilla. ¡Oh, aquello era vivir con el alma en un hilo! Recorrí África entera y no me sucedió, ni siquiera entre hotentotes, nada de particular; pero al volver á España por tercera vez, traído por la nostalgia del peligro, desembarqué en Sevilla hace pocos días, y ¡oh dicha! ¡oh constancia de los hados! al entrar en el gobierno de provincia, donde tenía que refrendar un pasaporte, en vez de encontrarme con el *prefecto*, me encontré en el patio... con siete toros de Concha-Sierra (siete Pizarros con cuernos) declarados en huelga y dispuestos á pro-


clamar, por lo visto, un Gobierno provisional, una junta revolucionaria ó cosa por el estilo.

Lo cierto es que allí no había más autoridad que la de aquellos catorce cuernos. Esta vez no pagué mi pasión con menos que con ir al hospital, con unos huesos rotos, pero me alegro, porque estas quiebras serán auténticos monumentos que prueben la verdad de mis narraciones. Sí, todo es histórico, lo de Vitoria, lo de Bobadilla, lo de Sevilla. Juzgando por las reglas de inducción racional que dejó consignadas mi compatriota Stuart Mill, yo estoy autorizado para asegurar que cuando un viajero entra en España, lo probable es que salga á recibirle un toro suelto, si no son siete. Yo he tenido que capear nueve toros en tres veces que *salte á la plaza*; es decir, en cuanto entré en España por tres veces. Y me alegro. Eso venía á buscar. Esa era la España de mis sueños y de mis libros. No lo sientan los españoles. No pretendan ser un pueblo europeo como otro cualquiera. ¿Para qué? ¡Hay ya tantos! Eso no va á ninguna parte, como dicen los españoles. ¿Á dónde irán los ingleses aburridos, cansados de la vida, si se acaba la España de nuestra ilusión, con sus cañitas, sus navajas y... sus toros sueltos? ¡Oh, un país en que al ir á pedir un pasaporte se encuentra uno en vez de un gobernador siete Concha-Sierras! ¡Delicioso!



Se me había dicho que el sistema parlamentario, el sufragio universal, iban á acabar con todo esto. ¡Nadie lo crea! Son voces que hace correr Suiza para disputar *turistas* á España. No, el sufragio universal, tal como lo practican los españoles, lejos de acabar con los toros en libertad, los aprovecha para combatir la representación de las minorías. También hay alcaldes de puntas que aprovechan el apartado electoral para atropellar cuantas leyes se les ponen por delante. *Cunero* viene de ahí; es el diputado que sale en la *cuna* de un alcalde corniveleto. ¡Hermoso país! Peligroso, pero *beautiful*.»

○ Ahora, si ustedes quieren, protesten contra los comentarios, generalizaciones y deducciones de Mr. Bullfighter; pero no nieguen lo de Vitoria, Bobadilla y Sevilla; no nieguen los hechos, porque *están sangrando*.



## LA EDUCACIÓN DEL REY

Los niños suelen ser monárquicos; á lo menos en tierras que tienen antigua tradición de realeza.

Esta observación no la hago para preparar mi entrada en el partido dinástico, porque yo soy un posibilista de los que han de seguir siempre con Castelar; y como Castelar no ha de pasarse á la monarquía, yo me contento con declamar como Radamés al final de un acto de *Aida*:

*¡Sacerdote, io resto à te!*

Bueno; pues aunque yo sea republicano vitalicio (y por ello no me doy tono, como no me doy tono por creer que todos los radios del círculo son iguales), reconozco que los niños, á lo menos en España, casi todos son monárquicos.



Verdad es que algunos republicanos hacen gritar á sus chiquitines *¡Viva la república!* como podían enseñar á un loro á ser partidario de la democracia pura; bien; pero yo no soy de esos, y reconozco que á los niños debe de entusiasmarles más el poder de un *rey* (que ellos se figuran siempre y *naturalmente* absoluto), que las funciones armónicas, ó el templar gaitas de un Cleveland ó un Carnot.

Yo tengo un chiquitín de cinco años que anda siempre muy preocupado con las grandezas del cielo y de la tierra, y suele entablar conmigo diálogos del tenor siguiente:

—Papá; el mar, donde es más hondo, ¿le llegará á Dios á las rodillas?

Por de pronto, Dios no tiene rodillas...

Y á los reyes, ¿adónde les llega el agua?...

—Algunas veces al cuello; pero no precisamente cuando el Sr. Vallés y Ribot se vuelve á su bufete y el Sr. Sol se pone en *Acuario...* de cerrajas.

—Quién manda más; ¿Dios, ó el rey?

—Positivamente, Dios.

—¿Y quién tiene más años?

—Dios también.

—Y quién manda más; ¿tú, ó el rey?

—El rey, hijo. Yo no mando nada.

—¿Tú, nunca fuiste mandón?

—Ni lo seré.

—¿Qué fue lo más parecido á rey que tú fuiste en tu vida?

—Lo más, lo más... concejal y catedrático de entrada.

¿Y por qué te quedaste á la puerta?

—Porque según el Consejo de Instrucción pública, «no he escrito libros.»

—¿Pues y esos veinte y pico que tienes ahí?

—Esos no los ha leído el Consejo.

—¿Hay algún otro que haya escrito libros y no los haya escrito para ese Consejo?

—Sí, hijo; Menéndez y Pelayo, que vale muchísimo más que yo.

—¿Ese es rey?

—No, es sabio.

—Entonces el Consejo, que no sabe leer, ¿será rey?...

—No, hijo; se puede ser rey y saber leer y se puede no saber leer... y no ser rey.

—¿El rey sabe leer?

—¿Qué rey?

—El nuestro. El de los sellos... ¿Sabe leer?

—Pues hijo... no lo sé... supongo que sí.

—¿Y cómo no sabes eso, una cosa tan importante?

—Ahí verás...

—¿Y el rey sabe gramática? ¿Sabe el rey lo que



es pluscuamperfecto de subjuntivo como mi hermano el que tiene ocho años?

—No lo sé.

—¿Cuántos años tiene el rey?

—Siete acaba de cumplir.

—¡Ay qué pocos! ¡Menos que mi hermano el mayor! ¿Y para qué estudia el rey?

—No lo sé, hijo mío.

—¿Pero estudia? ¿Cuántas horas? ¿Qué libros tiene? ¿Le castiga el maestro? ¿Tiene institutriz? ¿Hace gimnasia como yo? ¿Le hacen hablar en francés antes de saber castellano? ¡Ay, papá, qué soso eres! no sabes nada de lo que sabe ó no sabe el rey...

\*  
\* \*

Y es verdad. Nadie habla de eso; y lo que tanto deseaba saber mi muñeco, parece que no le importa aquí á nadie. Todos se enteran de lo que el rey cobra, y nadie quiere saber lo que aprende, que el día de mañana puede ser lo que paga.

—¿Para qué? me decía ayer, hablando de esto mi amigo Tiberio Graco Fernández, rojo de buena fe, y más astringente que el tanino en materia de política parlamentaria; quiero decir, retraído y

obstruccionista como un socio de la tertulia de Esquerdo.

¿Qué nos importa á los republicanos que el rey se eduque bien ó mal, se instruya ó deje de instruirse? ¡Para lo que ha de durar la monarquía!

—Mira, Tiberio, replicaba yo; el ser buen republicano no consiste en ver la república en puerta. Yo puedo querer tanto como tú á un amigo ausente, y sin embargo, dudar si vendrá por la Pascua ó por la Trinidad; pues así, el que no cuenta con el triunfo próximo de las ideas que defiende y es consecuente, es más fiel, más leal, tiene más mérito que el que espera la victoria para la mañana siguiente. Los cristianos que siguieron siéndolo después de convencerse de que la vuelta del Mesías iba para largo, acreditaron mejor su fe que los que creyeron que verían á Jesus por las nubes antes de morir ellos en este mundo percedero... Todo buen republicano debe ser, ante todo, buen patriota; amar la república, no como una fórmula, sino como un bien para la patria; luego el bien de la patria es lo primero: y como el bien del objeto amado debe procurarse con previsión, hay que ponerse en todo, y entre otras cosas, en lo peor. Supongamos que la monarquía dura y dura... No me dirás que metafísicamente es imposible...



—Metafísicamente... no; pero si hacemos la revolución...

—Como no hagáis la revolución en la metafísica, no me podrás negar que puede durar la monarquía...

—Puede; porque ya no hay caracteres...

—Sea. Como no hay caracteres, puede durar la monarquía; y en tal caso, ¿no importa á todo ciudadano, republicano ó monárquico, la educación del rey? Tú mismo has dicho mil veces que un rey, aun constitucional, puede mandar mucho si es listo y enérgico, y es verdad. Sobre todo, en países como España, donde las Cortes se van tras el Gobierno, el rey puede, con sus funciones armónicas, mandar *por tabla* muchísimo. Constitucional ó no, un rey bien educado puede hacer mucho bien, y un rey mal educado puede hacer mucho mal.

Pues aquí donde tanto preparamos el porvenir con leyes de mil clases, garantías de todos géneros, ¿quién piensa en ese factor tan importante, como es posible que en lo porvenir lo sea para la suerte de España, la instrucción y la educación del rey?—Se habla mucho (aunque se hace poco) de la instrucción pública, del maestro de escuela. ¿Quién se acuerda del *maestro del rey*?—Se ha dicho que el maestro de escuela venció en Sedan. El maestro del rey puede perdernos en cualquier par-

te. ¡Cuántas batallas habrá perdido España, que siempre pierde en sus guerras civiles, por culpas de maestros *reales*!—¡Es tan delicada misión la de educar á los reyes! Todo un Bossuet, que escribió un libro inmortal para enseñar las leyes de la historia al *Delfin*, su discípulo, no pudo impedir que el Delfin saliera un mala cabeza, que de haber llegado á reinar, hubiera dado grandes disgustos á su patria.

No basta que la madre de un rey sea buena, porque, si bien es muy importante, no es todo, ni con mucho, la educación por la madre.

Los simples ciudadanos tenemos maestros, además de tener buena madre.

¡Cuánto se estudia hoy lo que debe ser, lo que debe hacer el maestro del simple ciudadano!

¡Y nadie piensa, en el Estado, en tomar en serio, con cuidadosa atención, el asunto de la *escuela* del rey!

—Pero esa desidia es mayor culpa en los monárquicos,—dijo Tiberio.

—Ciertamente, mucho mayor. Porque ellos deben reconocer que uno de los defectos de la monarquía consiste en lo mucho que hay que dejar al azar de la naturaleza, que puede hacer que sea bueno ó malo el que la ley *a priori* elige para rey; y en vez de enmendar este defecto en lo posible, recordando con Calderón que es *posible vencer á*



*las estrellas*, en vez de enmendarlo por el arte de la educación, añaden casualidad á casualidad, azar á más azar; y no ven, ¡insensatos! que en tanto que ellos disputan y se afanan por vanas fórmulas parlamentarias y por cuatro ochavos de menos ó de más, la fortuna ciega puede estar preparando en Palacio, con la urdimbre del hábito, de la sugestión y de la herencia, los más graves problemas de la política futura... las vicisitudes de la vida nacional de mañana...

—De modo que, según tú, importa mucho á todos velar por la educación del rey...

—Sí, á todos: á los republicanos, por si acaso; á los monárquicos, por serlo; á España, de todas maneras.

—Según eso... ahí tienes un destino que podría desempeñar sin desdoro un republicano... posibilista.

—¿Cuál?

—El de maestro del rey.

—Claro que sí, cualquier buen patriota... que además fuera buen maestro.

—¿Admitirías tú el cargo?

—Si lo mereciese, con mil amores.

—¡Tránsfuga!

—Si lo mereciese; pero como no lo merezco...

—Bueno; ¡pues tránsfuga, en pretérito imperfecto de subjuntivo!



## LA COLETA NACIONAL

De los mejores capítulos de *Gil Blas*, por humanamente melancólicos, reales y profundos, son aquellos en que se pinta la caída del conde-duque, su amargura, que no puede endulzar una tardía insuficiente resignación filosófica, tristeza que la debilidad convierte en larva, en fantasma que acaba de matarle, con ayuda de los doctores.

Si fuera Lagartijo, que no lo sé, hombre aficionado á las lecturas sanas y correctas, acaso estimara bueno repasar esas clásicas páginas á que aludo, al verse hoy en situación tan semejante á la del conde-duque, por culpa de la desgraciada última corrida.

Por las puertas de las cocinas de Palacio, muy de mañana, por miedo del vulgo, huye, según *Gil*